

Mujeres en su tinta

Yanireth Israde González*

Compañía eficaz, discreta y acogedora es la tinta, esa que te mancha las manos cuando el repuesto del bolígrafo se revienta, o aquella que usas para estampar tu firma en los cuadernos. La tinta es como harina cuando le pones agua: se convierte en una magnífica masa que te permite fabricar letras redondas de múltiple sabor. Remarcadas o de tímido trazo, las palabras suelen salir sin mucho esfuerzo, son dóciles y se dejan colocar en las hojas para que escribas las cosas que te ofuscan o te inquietan, el coraje que sientes contra tu mamá, la tristeza que a veces provoca la incomprensión, y en fin, todo eso que en ocasiones quieres gritar y no te atreves porque ya casi nadie acostumbra expresar sus sentimientos, los verdaderos, los que hacen sentir escalofrío en las vértebras. Echarle tinta a las úlceras, entonces, no es tan mala idea, y después de escribir parece como si hubieras corrido un maratón: exhausta y un poco más en paz. Después de todo, lo estudiosos de la psicología siempre recomiendan exteriorizar lo que te provoca desasosiego, ya sea hablándolo, pintándolo, escribiéndolo, boxeando, saltando la cuerda, corriendo y hasta llorando, que también se vale. Finalmente la tinta es un poco como hilo, y con ayuda de ella, puedes tejer tu propia historia; al paso del tiempo te asombrarás al redescubrirte en ese singular espejo de palabras

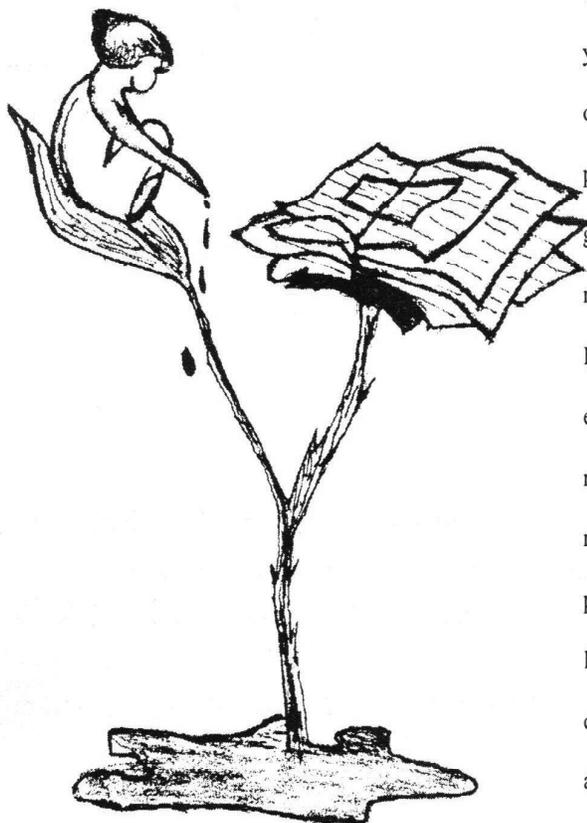


ilustración: Karina Marín Jiménez

* Periodista